

LIBERADO DE LAS TINIEBLAS



Por el Padre Pfau

(Esta historia fue escrita para su publicación, con el permiso de los superiores eclesiásticos del Padre Pfau).

Por el Rvdo. Padre Ralph Pfau y Al Hirsberg

Desperté en un cuarto donde no había más mobiliario que una silla, una mesa y un catre en el que estaba acostado.

"¿Quiere usted desayunar, Padre?"

Parpadee. Parado frente a mí, con una bandeja en la mano estaba un hermano.

"¿Dónde estoy?" - pregunté -.

"Está usted en el Sanatorio Alexiam Brothers de Oshkosh, Winsconsin".

"¿Cómo llegué aquí?"

Manejando su automóvil".

"¿Qué día es hoy?.

"Viernes"

"Había yo salido de Indianápolis el Martes".

El hermano dejó la bandeja y se marchó, cerrando la puerta sin echarle llave a la cerradura.

¿Qué había pasado? ¿Dónde había estado? Me dirigía al Oeste. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Recuerdo una carta del Obispo en la que me cesaba de mi cargo de párroco de la iglesia de Santa Ana y me ordenaba ir al Sanatorio de Oskosh. Recuerdo una sesión de copas con un amigo en la casa de la parroquia. Recuerdo haber abordado mi automóvil para dirigirme a Indianápolis y haber bebido en el camino.

Solamente que yo iba con un rumbo a la Costa Oeste.

Nunca llegaría a conocer la historia completa de mi extraña odisea. Una parte de ella me la relató un sobrino mío que estaba estacionado en una base del Ejército Milwaukee.

Parece que le telefoneé desde Chicago, diciéndole que estaría en Milwaukee el día siguiente. Y la siguiente noche cenamos y tomamos unas copas juntos. Me dijo que se había dado cuenta de que yo había estado bebiendo, pero no de que yo estaba en estado inconsciente.

Le había parecido perfectamente racional en todos mis actos. Yo sólo le había dicho de mí que estaba viajando.

El resto del viaje está en blanco para mí hasta la fecha

Acostado en el catre del sanatorio, trataba de recordar qué había sido lo que me había hecho cambiar el rumbo de mi viaje a la Costa Oeste.

-No quería venir aquí, y no tengo intenciones de quedarme. Esta soledad me oprime. Tengo que marcharme de aquí -.

"Desde luego que, legalmente, no podemos retenerlo" – me dijo-

-. "Usted está en libertad para irse. Naturalmente, ello causaría su suspensión".

Si me quedo tal vez no pueda salir nunca. Si me marchó me suspenderán.

"¿Puedo decir misa?"

"No, no puede. El reglamento del sanatorio dispone que no puede hacerlo, hasta que nuestro Obispo le conceda el permiso.

"¿Se me permitirá salir?", pregunté con enfado-

"Con un permiso" - me dijo -, "puede usted ir a la ciudad una vez al mes, si uno de los hermanos lo acompaña".

"¿Y mi automóvil?"

"No le está permitido usarlo. Su Obispo ha dado órdenes de que no vuelva usted a manejar su automóvil sin su permiso. Podemos encargarnos de venderlo", -me dijo-, "o si lo prefiere, puede designar a otra persona para que lo haga".

El resto del día todavía está en blanco para mí, pero recuerdo la noche. Ya avanzada ésta, la mente se me despejó bastante. Estaba profundamente resentido y dirigía casi todo mi resentimiento al Obispo de Indianápolis.

Es él quien ha ocasionado todo. El me mandó aquí. Me retendrá aquí. No me deja celebrar misa; no me deja manejar mi automóvil; me tiene prisionero. He perdido mi parroquia, mis amigos, mi libertad, el respeto a mí mismo. Y el Obispo tiene la culpa de todo.

Recorría la habitación; me sentaba; me acostaba; miraba por la ventana oscurecido; fumaba y me encolerizaba; me preocupaba y, gradualmente, a medida que avanzaba la noche, del resentimiento pasaba yo a compadecerme de mí mismo.

-Yo tengo la culpa. Sabía que no merecía ser sacerdote cuando era seminarista. Y lo he demostrado mil veces desde entonces.

Culpaba a todas las cosas del mundo - a todos menos al alcohol-, de mis dificultades, dirigiendo mis resentimientos a mí mismo en último análisis. .

Al amanecer, había llegado a la conclusión de que nadie podría sacarme del atolladero en que me había metido. Ya avanzada la mañana, vino a verme un doctor. Una vez más hice el triste y largo relato de mi aventura. Todo lo que tenía que hacer era decir en voz alta lo que había estado repitiendo unas horas antes. Parecía que cuanto más hablaba más me iba alejando de la realidad.

Ese no soy yo. Ese es otro Ralph Pfau. Es él, sí, él, no yo, el que necesita ayuda. Me compadezco de él. Lo ha perdido todo. Quisiera ayudarlo. Seguí diciendo una cosa y pensando otra. Las palabras eran automáticas y salían de la boca de un extraño; los pensamientos eran de mi yo verdadero.

Cuando llegué al final de mi relato, me dijo el doctor: "Padre, había doce botellas llenas de licor en su maleta. ¿Bebe usted mucho?".

¡Doce botellas llenas! Este otro Ralph Pfau salió de Indianápolis con doce botellas. ¿Cuántas tuvo que comprar para reponer las que se tomó?

"No mucho, *no*", - respondí.

Yo estoy diciendo la verdad. Es el otro Ralph Pfau quien hace el consumo.

"¿Ha bebido con exceso alguna vez en su vida, Padre?"

"No, doctor, nunca".

Era el otro quien esperaba toda la mañana con ansiedad a que dieran las doce del día para tomarse la primera copa; otro el que salió con destino a la Costa Oeste, llevando una caja de whisky en su maleta; otro

el que había bebido tentó en el camino que no se acordaba de lo que había hecho.

Estaba aislado de todo. No tenía nada qué ver con este hombre que me estaba interrogando.

"Padre", - me dijo el doctor-, "creo que usted es un esquizofrénico".

"¿Ah, sí?".

Nunca había oído esa palabra, y no quería saber lo que significaba.

"Vamos a probar con tratamiento de Shocks".

"Magnífico, doctor" - le contesté-.

Al día siguiente, me llevaron a otro hospital. Al Winnevago State hospital para enfermos mentales.

Después de ser admitido, un enfermero corpulento me dio una prenda de vestir uniforme y me dijo: "Quítese la ropa, Padre, y póngase esto. Regreso por usted enseguida".

Al rato regresó y me llevó a otra pieza. Esta era pequeña, como de 3 por 4 metros, y parecía más pequeña aún, por todo aquel equipo y gente que ahí se encontraba. Había una mesa de operaciones, pero más ancha y sólida. Al alcance de la mano había dos aditamentos que parecían pequeños audífonos.

Un médico estaba a la cabecera de la mesa con una enfermera a su lado. De cada lado estaban dos individuos de lo más grande y forzado que he visto. Yo estaba petrificado.

"Padre, acuéstese en la mesa, por favor", - me dijo el doctor.

Me acosté, descansando la cabeza en una almohada sin funda. Alguien me untó grasa en las sienes y otro tomó los aditamentos que colgaban de una caja sobre la mesa. Me los sujetaron a la cabeza uno de cada lado.

-Me van a electrocutar. ¡Oh, Dios!, sácame de aquí.

Traté de incorporarme, pero no podía moverme. Cada uno de los forzudos ayudantes sujetaba uno de mis brazos; traté de mover los pies, pero tampoco pude. Un enfermero recargaba todo su peso sobre ellos.

Lleno de terror, miré a los ojos de la enfermera. Traté de decirle algo, pero las palabras se me trababan en la garganta. Se me acercaba algo grande, blanco y ancho que me aproximaba cada vez más a la cara; traté de evadirlo sin lograrlo, porque no me podía mover.

"Abra la boca" me dijo la enfermera con voz cortante, a la vez que me sofocaba con aquella cosa blanca. "Ahora muerda"; apreté los dientes. Me sentí envuelto en un relámpago blanco que parecía consumirme por dentro y por fuera, de la cabeza a los pies. Eso fue lo último que supe.

¿Cómo se siente Padre?" - me preguntó la enfermera.

"¿Creo que bien. Solamente que no recuerdo nada".

"Ya recordará". - me aseguró-.

En los siguientes días, gradualmente comencé a recordar casi todo, menos el tratamiento de "Shocks" y los hechos inmediatos anteriores a éste. Durante meses no pude recordar esos detalles.

Después de tres semanas aproximadamente, cuando cesaron los tratamientos, se me concedió permiso para decir misa. Pero tardaron varias semanas antes de que se me calmaran los nervios, lo suficiente para poder ver la vida en una forma objetiva. Entonces me di cuenta de que había estado a punto de perder por completo la memoria. Este había sido mi cuarto colapso nervioso.

El resto de la primavera, el verano y parte del otoño de 1943, llevé en el sanatorio una vida reposada y tranquila. En octubre me dieron de alta y recibí la orden del Obispo de presentarme en Indianápolis. Tan pronto como llegué me fui directo a verlo a la oficina de la cancillería.

"Como está, Ralph?" - me preguntó el Obispo amablemente-. "Muy bien"- le contesté—

Suspiro. Me preguntó cuánto tiempo duraría así. "Bueno, voy a darle otra oportunidad.

Puede ir a la parroquia de Santa Juana de Arco y vivir allí una temporada. Francamente, creo que usted no tiene remedio".

No fue sino hasta años después, que me di cuenta de que el Obispo estaba tratando de impulsarme a actuar de una manera positiva.

Pero, todo el tiempo...

Sin remedio. No pude vencer. ¿De qué sirve tratar de hacerlo? Así fue que fracasé. Una semana después volví a tener una laguna mental por beber.

Por primera vez, pensando conscientemente, empecé a considerar que tal vez el alcohol era mi problema primordial. Sabía que tenía otros problemas y sentía que los tenía, que eran importantes. Sin embargo,

entonces comencé a pensar que primero debería resolver el problema del alcohol.

Me esforcé en cumplir mis obligaciones en la parroquia. Deseaba una copa, pero no me atrevía a tomarla.

Si me tomo una copa ahora puedo volver a tener una laguna mental. Pero necesito tomarme una copa. ¿Cuánto tiempo puedo seguir así?.

Una noche, no pude dormir. Al fin me levanté y desde la ventana contemplé la ciudad dormida. Estando así sonó el teléfono de la rectoría. Eran las dos de la madrugada.

"Mi marido se está muriendo, Padre. ¿Puede usted venir enseguida?. Mi hijo pasará por usted en unos minutos".

Regresé a mi cuarto; me vestí, tomé los Santos Oleos y me fui a la puerta, en el momento que la cerraba, llegó un automóvil. Un joven me abrió la portezuela, entré y partimos.

"¿Qué pasó?" - pregunté-.

"Mi papá, me temo que cayó muerto. El doctor está en camino .

Al bajarnos del automóvil otro se detuvo detrás. .El muchacho me acompañó a la puerta de la casa.

"Pase usted, Padre. Yo espero al doctor".

Cuando entré a la recámara me encontré con una mujer que lloraba. Su marido, completamente vestido, yacía en el suelo. Pensé que estaba muerto.

"Con su permiso, Padre".

Detrás de mí, el doctor ya había abierto su maletín y estaba preparando una inyección. Le tomó el pulso al hombre, desarrolló la manga, desinfectó con alcohol y metió la jeringa en brazo.

Por espacio de un minuto no pasó nada. De repente, con gran sorpresa mía, el hombre se sentó y nos miró.

"Tal como lo pensé. Padre, -dijo el doctor -. Ha ingerido demasiado alcohol y barbitúricos, pero se pondrá bien".

"Yo creí que estaba muerto", -comenté.

"Se morirá, si no cambia sus hábitos".

Sin una palabra, el hombre se levantó, se fue hacia la cama y se empezó a desvestir. Su esposa, toda temblorosa nos dio las gracias a los dos y el doctor se fue.

La cabeza me daba vueltas. No escuchaba a la mujer, a pesar de lo que había visto, quería una copa.

"Disculpe que lo hayamos molestado a estas horas, Padre. Le estamos muy agradecidos por haber venido".

Seguí a la mujer. Al pasar por la sala, me fijé en un libro que estaba en la repisa de la chimenea. Lo tomé y lo hojeé.

"¿Me lo presta?"

"Con mucho gusto".

El título del libro era "Alcohólicos Anónimos".

Nunca había oído hablar de Alcohólicos Anónimos, no sabía que existiera esa asociación.

Me intrigó este libro que explicaba sus principios, propósitos y el significado de sus Pasos para lograr la sobriedad. Terminé de leerlos antes del amanecer.

Al día siguiente volví a leer el libro y casi inconscientemente aprendí de memoria los Doce

Pasos:

1. Admitimos nuestra impotencia contra el alcohol y que nuestras vidas ¿habían llegado a ser indispensables.

2. - Llegamos al convencimiento de que sólo un Poder Superior o nosotros podíamos devolver el buen juicio.

3. Decidimos poner nuestra vida y nuestra voluntad al cuidado de Dios, tal como cada quien lo concibe.

4. Sin ningún temor, hicimos un inventario moral completo de nosotros mismos.

5. Admitimos humildemente ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano, la naturaleza de nuestras faltas.

6. Estuvimos dispuestos a dejar que Dios eliminara todos nuestros defectos de carácter.

7. Humildemente suplicamos a Dios que nos librara de nuestros defectos.

8. Hicimos una lista de todas aquellas personas con las que obramos mal y nos dispusimos a enmendar el daño que les causamos.

9. Reparamos, hasta donde humanamente nos fue posible, el daño que causamos a esas personas, salvo en aquellos casos en que al hacerlo hubiéramos perjudicado, bien a ellas mismas o a otras.

10. Proseguimos con nuestro inventario moral, admitiendo sincera y espontáneamente nuestras faltas, a ellas reconociendo.

11. Procuramos, a través de la oración y la meditación, mejorar nuestro contacto consciente con Dios. Tal como lo concebimos, pidiéndole que nos ilumine a fin de poder cumplir con su voluntad.

12. Habiendo experimentado un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a otros alcohólicos y practican estos principios en todos nuestros actos. Es algo que puede aplicarse a cualquier persona sin importar cual sea su religión. Creo que ha de ayudar a mucha gente, especialmente a aquella que se ha alejado de Dios. Es un buen programa de alcohólicos.

Pero yo no soy alcohólico. Yo soy sacerdote. No me he olvidado de Dios. Este programa no es para mí.

Pero no podía soltar aquel libro. Día tras día, tomaba el libro y lo releía. Al cabo de tres o cuatro semanas, me lo sabía de principio a fin. Y durante ese lapso no tome ni una sola copa.

Una noche, varias semanas después de haber leído el libro, por primera vez me fijé en unos folletos que estaban sobre la mesa de la rectoría. Uno llevaba las palabras "Alcohólicos Anónimos". Le pregunté al párroco quién los había traído.

"Dherty Sheerin", -dijo-. "Es una gran persona. Creo que es el presidente de A.A. aquí en Indianápolis".

Leí los folletos. Relataban historias de desesperación y desesperanza, de terror y derrota y, de pronto, tomé una decisión.

Investigué el número telefónico de Ooherty Sheerin y le llamé. Quince minutos más tarde estaba en la rectoría. Me simpatizó a primera vista. Su cara, un tanto cuadrada denotaba energía, carácter y don de mando y sentía un impulso de ponerme en sus manos y dejar que me guiara.

"Este hombre va a ayudarme".

"¿De qué se trata, Padre?".

"Pues entiendo que usted es el presidente de los Alcohólicos Anónimos en esta ciudad".

"No, lo soy. Nosotros no tenemos presidentes. Alcohólicos Anónimos es sólo un grupo de individuos que afrontan el mismo problema. Hace poco que formamos el grupo en Indianápolis y se da la casualidad de que yo fui el primer miembro".

"Ya veo", -dije-. "Tal vez usted pueda ayudarme. Tengo algunos problemas personales.

Desde luego que mi problema no es en realidad el alcoholismo. Nunca he bebido demasiado.

No soy alcohólico".

Ni por un momento dejé de sonreír.

"Sé lo que quiere decir usted, Padre", - me dijo amablemente- . "Lo único que puede hacer es pasarle *unas cuantas* ideas, después, usted tal vez se pueda ayudar; en A.A. no enseñamos nada, no damos cátedra, ni decimos a nadie si es o no un alcohólico. Únicamente sugerencias. Contémplese con detenimiento y saque sus propias conclusiones. ¿Porqué no viene conmigo a una de nuestras reuniones?".

"Nadie lo sabrá", - prosiguió-. "No divulgamos los nombres de las personas que asisten a nuestras reuniones. Podemos romper nuestro propio anonimato, pero respetamos el de los demás, así que si usted asiste a nuestras reuniones, nadie se enterará, a menos que usted lo divulgue".

Echaré una ojeada como espectador. Esa gente pensará que estoy allí para ayudarlos en mi carácter de sacerdote. Iré a una reunión y si no me grada no volveré. "Nuestra próxima reunión es el jueves por la noche, Padre", -me decía Dohr-. "Paso por usted a las 7:15".

Cuando llegó el jueves ya había cambiado de parecer varias veces acerca de si iría a la reunión de A.A. o no, pero en punto de las 7:15 llegó Dohr y nos marchamos.

Era una reunión chica, sólo siete asistentes. Ninguno de ellos parecía que tuviera dificultades económicas, no parecían borrachos y ni siquiera ex-borrachos. Por las apariencias aquello bien podría ser una junta de padres de familia.

Por espacio de una hora, Dohr y los otros miembros discutieron varios problemas relacionados con el alcoholismo. Me di cuenta de que cada uno, antes de empezar su plática dijo: "Soy alcohólico" y me preguntaba si algún día podría hacer lo mismo, siempre que realmente fuera alcohólico. Estaba muy lejos de poder llegar a admitirlo.

Pero me sentí mejor que en las semanas anteriores. Al regreso a la rectoría, Dohr me preguntó qué me había parecido la reunión.

"Muy bien", - le respondí, con verdadero entusiasmo-

"Bueno", - me dijo Dohr-, "Siga asistiendo a las reuniones.

Algún día podrá entenderlo todo".

Pero, más tarde, ya acostado, el desconsuelo me invadió.

Esto de A. A. está muy bien para legos. Los acerca a Dios y eso les ayuda a alejarse de la bebida. Pero yo siempre he estado consciente de la presencia de Dios y no me ha bastado para no beber. Hablaron de honradez; de honradez con ellos mismos y con los demás. Yo sé lo que es la honradez. Es una de las virtudes que todo sacerdote tiene que practicar. Así es, aquí hay dos cosas: - conciencia de la existencia de Dios y honradez , y que yo tengo, pero ninguna de las cuales me ha servido para dejar de beber. Así que, ¿de qué puede servir Alcohólicos Anónimos?.

Día tras día desempeñaba maquinalmente mis obligaciones en la parroquia. No bebía, pero nunca estaba libre del deseo de hacerlo.

Dohr me llamaba todos los días. Sólo me preguntaba: "¿Cómo se siente, Padre?".

Y creo que casi lo único que le contestaba yo era: "Creo que bien". Pero al cabo de unos días, empecé a esperar con interés que me llamara y nuestra conversación se hizo más extensa. Mis nervios se calmaban oigo, después de haber hablado con él, pero al rato se volvían a alterar.

Pasaron semanas y meses y yo seguía asistiendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, principalmente, por Dohr. Nunca me preguntaba si quería yo ir, el asumía que sí y pasaba por mí.

En general, los otros pares de la rectoría aprobaban mi interés en A.A. pero me conocían y sabían mi problema. Cuando mencionaba A.A. a los

sacerdotes que no eran de la parroquia, casi siempre encontraba oposición.

"Ningún sacerdote debe ingresar a esa clase de agrupaciones". Me dijo uno un día. "Usted debe obtener de su Iglesia lo que necesita".

Expresaba lo que pensaba la mayoría. Me preguntaba si sería correcto lo que yo estaba haciendo. ¿Podría yo obtener de mi Iglesia la fortaleza necesaria para dejar de beber? Más tarde, le consulté a Dohr.

"Usted puede hacerlo, pero no lo hará. Sería magnífico que pudiera encontrar en la Iglesia esa fuerza para dejar de beber. Pero eso no lo hace el individuo alcohólico común y corriente. Yo no lo pude hacer y siempre he sido devoto de mi religión. Pienso que ha consagrado su vida a la Iglesia. Pero a la Iglesia ha dado a usted la solución a su problema con la bebida".

"Pero yo necesito de la Iglesia".

"Desde luego, todo buen católico siente esa necesidad A.A. sin la Iglesia sería menos eficaz para nosotros, que la Iglesia sin A.A., pero las personas como usted y yo, para dejar de beber, necesitamos de las dos cosas. Necesitamos algo que nos ayude a remover los obstáculos naturales para conseguir la gracia; algo que mantenga nuestra convicción de que no podemos beber, de que siempre seremos alcohólicos".

Gradualmente me convencí; tardé casi un año para el programa. Empecé a ver cómo un principio básico de A.A. me atañía a pesar de estar renuente a admitirlo.

Para el alcohólico, lo principal en su vida es que no puede beber. Esto es fundamental.

Puede no ser su problema más importante. Seguramente mis tendencias neuróticas, que se manifestaron por primera vez estando en el Seminario de St. Meinard, antes de que hubiera tomado una copa, eran más importantes. Si un alcohólico tiene una enfermedad mortal, esa enfermedad es más importante. Pero, aparte de sus problemas, lo primero que tiene que hacer un alcohólico, es dejar de beber. Una vez que ha hecho esto, puede abordar los demás problemas. Si no lo hace así, los otros problemas no sólo lo siguen, sino que se intensifican.

En Agosto de 1945 recibí una carta del Obispo, diciéndome que mi amigo, el Padre Ambrose Sullivan, quien había sido nombrado párroco de la Iglesia de Holly Cross, en Indianápolis, había solicitado que fuera yo su asistente.

Este era mi primer contado directo con el Obispo desde mi regreso de Oshkosh, hacía un año y medio. Había evadido cuidadosamente la cancillería porque no sabía cómo le parecería al Obispo el que yo perteneciera a A.A. Esta carta me alentaba. Obviamente, el Obispo ya se había enterado y no tenía ninguna objeción, porque me lo hubiera manifestado. Estaba yo encantado de ir a trabajar con el Padre Sullivan.

Para entonces había yo empezado a practicar el "Paso Doce", haciendo visitas. Estas son visitas que se hacen a personas que tiene el problema alcohólico y llaman a A.A. solicitando ayuda. Yo creía que el único objetivo de esas visitas era ayudar a otros a estar sobrios. Hice unas seis en dos meses, pero hubiera sido igual quedarme en casa. No conseguía que nadie se conservara sobrio.

Cuando le indiqué a Dohr estos resultados nulos, me dijo: "Usted se ha conservado sobrio, verdad? Esta es la razón primordial del "Paso Doce"; es un seguro contra recaídas". Cuando lo práctico, me dijo, pienso: "Mira compañero, no me importa que te mueras de borracho, si ese es tu deseo.

Pero sí me interesa no morir yo en tales circunstancias y por eso estoy aquí. Ahora, si tú quieres lo que yo tengo, haré todo lo posible por dártelo. Avísame cuando estés dispuesto.

Dohr Sheerin apadrinó, seguramente, a varios cientos de alcohólicos en los años que lo conocí en Indianápolis y la mayoría de ellos alcanzaron la meta.

"Pero, Dohr..." le decía yo "como Sacerdote, yo puedo dar algo que los otros no pueden. El problema es que cuando hago alguna de esas visitas, la gente no me acepta más que como sacerdote, a pesar de todo lo que yo les diga. Desde el punto de vista de ellos, no estoy haciendo otra cosa que moralizar.

"Así es, Padre..." - me dijo - "usted puede hacer mucho más bien que cualquiera de nosotros por otros medios, el único dilema es cómo hacerlo.

La respuesta era tan obvia que me sentí ridículo por no haberlo descubierto antes.

En el seminario, como sacerdote; teníamos un retiro. El retiro es un período de discusión y meditación que dura de un día a una semana. En un retiro católico hay un preceptor que diserta sobre los dogmas y la práctica del catolicismo. Además hay período reglamentado para preguntas y discusión abierta. Personas de diversa índole concurren y perciben de ellos una gran serenidad.

"¿Qué le parece que hicieran un retiro para alcohólicos" - le sugerí "Después de todo, el objeto del retiro es detenerse a pensar junto con otras personas que no tienen en la mente las mismas ideas. Podría ser exclusivamente sobre A.A. No tocaríamos para nada el tema de la religión. Y no lo limitaríamos a católicos exclusivamente".

A Dohr le entusiasmó la idea, lo mismo que al Obispo cuando le escribí pidiéndole su consentimiento. Como había yo servido de capellán para las Hermanitas de la Caridad, les escribí pidiéndoles facilidades. Me contestaron que les encantaría hacerlo. El retiro fue un éxito completo. Asistieron 67 hombres, de los cuales sólo 20 eran católicos. Las pláticas eran exclusivamente sobre A.A. y fueron bien recibidas por protestantes y católicos.

Resultó tan provechoso este retiro de un día que los que asistieron insistieron en que organizaron yo otro de mayor duración. Nuestro primer retiro con duración de un fin de semana, se llevó a cabo en St. Joseph College, cerca de Renselaer, Indiana. Había unas 90 personas, de las cuales un 80 por ciento eran católicas.

Hasta la fecha, anualmente tenemos un retiro para hombres en St. Joseph: también tenemos otros retiros para hombres y mujeres que se llevan a cabo separadamente en varias partes del país, todavía con un 65 a 70 por ciento de no católicos.

A fines de 1945, hacía dos años que no había bebido ni una copa. Cuando me levantaba por la mañana, pedía la ayuda Divina para permanecer sobrio durante 24 horas (como los sigo haciendo), y cada día lograba mi propósito. Mis nervios se estaban portando bien y los temblores habían desaparecido. Estaba en buenas condiciones físicas

gozando de una tranquilidad mental y satisfacción en mi trabajo, que no había conocido antes.

Tenía plena confianza en el programa de A.A., pero había un hecho que no podía aceptar en su totalidad. Este era la teoría de que el alcoholismo es una enfermedad.

Todavía sospechaba que había sido debilidad moral lo que había ocasionado que yo bebiera.

Había aprendido que hay una marcada diferencia entre un alcohólico y un borracho. Supe que en el alcoholismo existe una compulsión que no hay en la borrachera. LA CANTIDAD DEL LICOR INGERIDO Y LA BORRACHERA

PUEDEN SER IGUALES, PERO ELMOTIVO es diferente. El alcohólico bebe porque tiene que hacerlo. El borracho bebe porque quiere hacerlo. Una vez que el alcohólico empieza a beber no puede detenerse.

El borracho puede dejar de beber cuando quiere. Cuando el alcohólico empieza a beber sólo piensa en la próxima copa. Cuando el borracho bebe solamente le interesa el efecto y gozar de él. El alcohólico no puede olvidarlo a voluntad, si es que piensa en el.

Cuando el alcohólico despierta por la mañana, está tembloroso y siente un deseo incontrolable de beber para aliviarse. Cuando el borracho despierta en la mañana, se siente muy mal, pero sólo desea encontrar algo que le haga olvidarse de la cruda. Si el alcohólico no se toma una copa, no puede trabajar ni hacer nada. El borracho puede tomarse algo para componerse del estómago y siempre llega a su trabajo, aunque se sienta mal. No pasará el día muy feliz, pero tampoco siente la necesidad de beber.

Desde luego, un borracho puede convertirse en alcohólico. La mayoría de los alcohólicos empezaron como bebedores sociales. Pero, ¿quién sabe porqué una persona se vuelve alcohólica? A mí me habían enseñado que la culpa la tiene el alcohólico. La reacción normal de cualquier clérigo es aceptar esta teoría.

Por eso fue que a mí, como sacerdote, me era tan difícil aceptar cualquier otra teoría' Hasta donde alcanzaba a comprender, yo me había vuelto alcohólico porque bebía demasiado; no que yo bebiera

demasiado porque era alcohólico. Así de sencilla era la cosa. Y, a pesar de las muchas veces que Dohr me repitió que no era así, no lo creía. Diariamente les decía a otros alcohólicos que estaban enfermos, pero yo no lo creía, no podía creer que eso era verdad.

Hasta el día que estuve a punto de tener una recaída.

Cuando el sacerdote dice misa, usa vino en el cáliz. Este, de acuerdo con nuestra creencia, se transforma en la Sangre de Cristo en el momento de la Consagración.

Aunque la sustancia del vino no cambia y la acción del alcohol puede ser la misma para el sistema humano, tanto antes como después de la Consagración.

Al poco tiempo de ingresar a A.A. aprendí que, como sacerdote alcohólico, debía tomar el mínimo de vino en la misa. El mínimo que es válido son dos cucharaditas.

Desde el punto de vista médico, al alcohólico le causa una perturbación ingerir la cantidad que sea suficiente para penetrar en su sistema circulatorio o llegar a las células de su cerebro. Dos cucharaditas de vino de consagrar, que es lo que se usa normalmente, no son una cantidad suficiente para perturbar al peor alcohólico.

Mientras que, al contrario de la opinión general, el vino sí es una bebida fermentada; generalmente su contenido alcohólico es muy bajo, por que la Iglesia no permite que se le refuerce.

El vino comercial, en cambio, sí está reforzado con alcohol de uva; por lo común es más grueso que el vino de consagrar y puede causar una reacción marcada en un alcohólico. Algunos de los vinos de consagrar de tipo más grueso tienen un contenido alcohólico que se aproxima al de los comerciales.

Siempre había cuidado la dosis de vino en la misa, y desde que estaba en A.A., nunca había sentido ninguna reacción. Pero, una mañana, en Holly Cross, inmediatamente después de probar del cáliz, me di cuenta que el vino no era del tipo que se acostumbraba. Sentí una urgencia repentina de seguir bebiendo, un deseo compulsivo que obstruía todo razonamiento.

Cuando terminé la misa, me fui rápidamente a la cocina. "¿Había algo diferente en el vino que usamos esta mañana en la misa?" - le pregunté a la ama de llaves-

"Sí, Padre". – me dijo-. "Un agente vendedor dejó esta botella de muestra y de ese vino le puse en la vinajera".

Miré la etiqueta. El vino, aunque de consagrar, tenía un contenido alcohólico de 22 grados por ciento.

-¡Quiero una copa! me estremecí al salir de la cocina. ¡Quiero una copa! Estaba asustado, tanto como nunca lo había estado en toda mi vida. Este no era un simple deseo, sino una vehemencia abrumadora.

-Si no me tomo una copa me vuelvo loco. Hice un esfuerzo para llegar al teléfono.

Lo tomé con las manos temblorosas y llamé a Dohr Sheerin.

"¿Bueno?"

"Dohr, quiero una copa".

"Bueno, Padre..." - contestó -"... me alegro de que haya llamado. ¿Qué fue lo que le pasó?"

Le conté, creo que estaba yo algo incoherente, pero no me interrumpió. Entonces, le dije: "Dohr, estoy asustado, Tengo que beber algo. No me explico cómo sucedió esto. Nunca me había pasado. He estado sin beber dos años y ahora me siento como si nunca hubiera estado sobrio. Un poco de vino a la hora de la misa, eso es todo lo que he tomado".

"Muchas parrandas han empezado con un poco de vino, Padre", -me dijo-. Dohr continuó hablando pausadamente. "¿Cómo se siente? Ha tenido una reacción porque el vino era muy fuerte, pero usted sabe que está bien y que le pasará ese deseo. Lleva dos años en A.A. Ya sabe las preguntas y las respuestas. Y sabe que no puede tomar otra copa porque, si lo hace, no podrá parar. Tendrá una cruda desastrosa y habrá que desalcoholizarlo otra vez. Y ya sabe usted lo que es eso".

"Dohr, tengo que colgar, voy a tomarme una copa".

"¡Espere un momento, Padre!", me dijo Dohr, con voz apacible y persuasiva.

"Antes de que cuelgue, quiero darle una cosa. Tengo dos boletos para el juego del Notre Dame, en South Ben, el sábado. Quiero que venga usted conmigo, Padre; tiene un gran equipo este año".

"¡Quiero una copa!".

"Padre, recuerda los tratamientos de "Shocks"? ¿Recuerda los sanitarios? ¿Se acuerda cómo estaba hace dos años, antes de entrar a A.A.? ¿Se da cuenta, Padre, de lo que puede pasar? A usted no le hace falta, en realidad esa copa".

"Sí, sí la necesito, Dohr, tengo qué tomármela ahora mismo".

"No, Padre, no la necesita, ya tiene usted mucha experiencia en A.A. para querer beber. Ya ha visto a muchos sufriendo unas crudas horribles. Usted también las ha sufrido".

"No tiene intenciones de pasar por lo mismo. Usted es demasiado inteligente para hacerlo, Padre, ¿recuerda que me insistía en que, aunque a otros les decía que el alcoholismo es una enfermedad, en realidad no lo creía, sino que más bien se debía a una falla moral que podía controlarse?".

"Siga hablando", - le dije-. Tenía yo la garganta seca. Mi voz se quebraba y sudaba a chorros.

Dohr siguió hablando. Cambiaba de un tema a otro, procurando que no me apartara yo del teléfono. Yo escuchaba. Entonces me dijo: "Padre, ya pasaron diez minutos desde que dijo que quería una copa".

"Siga hablando, Dohr".

Habló diez minutos más.

"Padre, ya pasaron veinte minutos. ¿Quiere usted hablar?".

"Veinte minutos. Sí Dohr, quiero hablar". Ya no tenía tan seca la garganta y no sudaba tanto.

"¿Qué hay del próximo retiro, Padre? ¿Ya está todo arreglado?".

Entonces yo hablé por espacio de 10 o 15 minutos; Dohr me hizo toda clase de preguntas y todas las contesté.

Le dije: "Ya me siento bien Dohr".

"¿Ya no quiere beber?".

"No, Dohr, ya NO".

"Bueno, Padre, llámeme si me necesita".

Colgamos. Vi mi reloj. Habíamos estado hablando casi dos horas. Ahora sabía que el alcoholismo no era un problema de orden moral exclusivamente. Ahora sabía que era una enfermedad. Si pudiera seguir firme en esta convicción, sin tratar de encontrar la razón de la necesidad de la primera copa, sabría que mis dificultades con el alcohol habían terminado.

En 1946, una persona que había asistido a uno de nuestros retiros, me pidió que hablara yo en una junta de AA. en Cincinnati. Había más de cien personas que llenaban completamente el pequeño salón de

reuniones. Hablé sobre la parte espiritual de A.A. No había nada de carácter personal en mi charla. Cuando terminé, el que presidía la reunión invitó a los presentes a que hicieran preguntas.

Un hombrecito que estaba al fondo del salón se paró y dijo: "Padre, su plática estuvo muy bien, pero ¿qué es lo que usted sabe acerca de este problema, ¿es usted alcohólico?", Este momento era el que había yo estado temiendo. Entonces, con voz que quería yo que fuera firme dije: "Soy alcohólico".

"Bueno..." - dijo el hombre-, "háblenos de eso".

Así fue como, por primera vez, hablé en una reunión abierta, de mi vida de alcohólico. Hablé de mi primer colapso nervioso, de mi primera copa, mis consecuentes colapsos, las fluctuaciones" de mi apetito alcohólico, mis experiencias en varios hospitales y sanatorios, mis frecuentes dificultades con el Obispo, todo lo que podía recordar. Hablé durante media hora.

Después de sentarme, sentí un profundo alivio; de todas las dudas que me habían agobiado desde mi entrada a A.A., como si era primera admisión hecha ante otros alcohólicos hubiera removido el último de los obstáculos que me separaba de ellos.

La siguiente vez que me invitaron a hablar en una reunión, me planté, miré a mi alrededor las caras expectantes y dije con firmeza; "Soy el Padre Pfau, soy miembro del Grupo A.A. en Indianápolis y soy alcohólico."

Desde entonces he estado contando mi vida de alcohólico por todos los Estados Unidos. Me atrevería a decir que lo he hecho unas 500 veces.

En 1947, el nuevo Arzobispo de Indianápolis mandó por mí. "He oído de su trabajo - me dijo-, ¿Qué le parecería que lo releváramos de sus obligaciones con la parroquia para que pueda dedicar todo su tiempo a A.A.? - prosiguió -. Por supuesto que hay que tomar en cuenta las necesidades de orden económico de usted".

Le respondí: "Eso puede ser un problema, porque A.A. en realidad es una organización que no cobra cuotas ni honorarios. No está aliada a ninguna secta ni religión. No se interesa en la política, ni se opone ni apoya ninguna causa. El único requisito para ser miembro es un deseo sincero de dejar de beber. Nuestro propósito primordial es conservarnos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a lograr lo mismo. Si

yo fuera a dedicarle todo mi tiempo a A.A. tendría que hacerlo como lo haría cualquier otro alcohólico, únicamente como un miembro más de A.A."

"Pero como sacerdote, a usted lo respetarían", - me dijo el Arzobispo, y me parece que trabajo que usted realiza en los retiros es tan importante para gente de otras religiones, como para ameritar el que usted le dedique todo su tiempo. Cuando lo haya pensado bien, avíseme".

A Dohr le pareció una buena idea, cuando se la comuniqué "No se preocupe,

Padre" - me dijo-, "encontraremos el modo de financiarlo".

Al siguiente día, Dohr y yo fuimos a ver a Kiefer Mayer, íntimo amigo de Dohr. Era el Vicepresidente (ahora es Presidente de Kiefer Stewart Drug Company) una gran casa mayoritaria de Indianápolis.

El señor Mayer no es católico ni alcohólico. Pero era amigo del Arzobispo y de su antecesor y siempre había sentido gran admiración por lo que A.A. había hecho por Doherty Sheerin. Dohr planteó la situación.

"Han venido a la persona indicada", -dijo el Sr. Mayer -. "Esta es la mejor idea que he oído en mucho tiempo. Estoy de acuerdo". Abrió su chequera y extendió un cheque para cubrir mis gastos del primer año.

La víspera de Navidad de 1947, el Arzobispo me había relevado de mis con mi parroquia y comencé mis planes para los retiros que empezarían en junio. Dohr se empeñó en que me tomara unas vacaciones antes de que empezaran los retiros. Mientras más pensaba en esa idea, más me gustaba.

En abril, decidí ir a los Ángeles. La noche anterior a mi viaje, Dohr me dio un directorio de A.A. Este libro tiene una relación de los grupos existentes en el país.

Lo guardé en mi maleta. Cuando salí de Indianápolis, era un bello día de primavera, pero cuando llegué a Texarkana el día siguiente, había un calor pegajoso. En camino a Forth Worth el calor aumentaba. Una tolvenera abatía a Texas. Resultaba incómodo manejar y para empeorar las cosas, descubrí que desde unas millas atrás había tomado un camino equivocado.

Llegué a Wichita, Kansas y me aloje en un hotel. El cuarto estaba empolvado y el botones me aconsejó que no abriera la ventana.
¡Qué día! ¡Qué día tan miserable! Aquí estoy a millas de mi casa. Estoy cansado, empolvado, incómodo, con hambre y con sed, con mucha sed. Necesito una copa.

Me tomaré un "Cocktail" antes de la comida. No he tomado absolutamente nada en casi cuatro años y sé que ya estoy bien. Sólo me tomaré uno y no se lo diré a nadie, ni a Dohr.
Mientras me daba una ducha fría, estuve pensando en la copa que me tomaría.

Una copa, una copa, una copa.

Abrí mi maleta para sacar ropa limpia y lo primero con que tropecé fue el directorio de AA. En el estaba un grupo de Wichita Falls. Marqué el número del teléfono y me contestó un hombre.

"Soy forastero en esta población" - le expliqué - "¿Tienen ustedes reuniones aquí?".

"Sí, desde luego", - me contestó "Tenemos una hoy en la noche y está usted invitado".

Iré y conoceré a un grupo de personas nuevas. Observaré como funciona A.A. aquí y, si quieren, les diré como funciona A.A. en Indianápolis.

Me había olvidado por completo de la copa. Fue mi última "casi - recaída". Desde ese día hasta hoy no he vuelto a sentir el deseo de tomar una copa.

En una de mis giras en 1948 - 49, dando pláticas, visité California, Arizona, Nuevo México, Texas, Louisiana, Carolina del Norte y del Sur, Florida, Alabama, Mississippi y Tennessee. Organicé mis viajes procurando no ser gravoso a ninguno de los grupos. No hay cuotas en A.A.; no he aceptado honorarios nunca. Cada grupo ha contribuido, de acuerdo a sus posibilidades, a cubrir mis gastos indispensables. Nunca se fija un mínimo; por dos años acepté la ayuda del Sr. Mayer. Después he podido arreglármelas, aunque varias veces he regresado a Indianápolis sin un centavo.

En mis viajes he hechos muchas amistades. También ha habido aventuras: algunas divertidas, otras tristes y muchas muy satisfactorias.

Una noche, en los Ángeles, llamé al número de teléfono del grupo de allí que estaba en el directorio. La persona que me contestó me invitó al club. No me identifiqué como sacerdote. Cuando llegué, el individuo me recibió con una frialdad glacial.

"Soy un organista me dijo. "Los organistas somos originarios de Irlanda del Norte y contrarios a los católicos".

"No importe" - le dije - "También es usted miembro de A.A., ¿no es así? Bueno, pues yo también lo soy".

"Quiere usted decir que es alcohólico?".

"Soy alcohólico".

Esa noche en la reunión, se paró y dijo: "Si mis familiares en Irlanda se enteraran de lo que voy a hacer, me señalarían por siempre, pero eso no me preocupa. Creo que esto es algo de lo maravilloso de A.A. En lo que respecta a su programa, las religiones no importan. No somos católicos, ni judíos, ni protestantes. Solamente somos alcohólicos. Así es que, un organista les presenta con mucho gusto a un sacerdote católico que va a dirigirnos la palabra".

Mientras mi trabajo consumía la mayor parte de mis energías, no resolvía un viejo problema. Por años tuve dudas de la validez de mi ordenamiento como sacerdote.

Nunca había consultado a nadie. No me atrevía a solicitar una opinión autorizada por temor a que mi ordenamiento resultara nulo. Un día le mencioné el asunto a Dohr. "Siempre lo he dudado", - le dije-. "En primer lugar, no estoy muy seguro de que quería profesar. Y en segundo, estaba bajo una presión muy grande cuando recibe el diaconato. No creo que nadie pueda recibir órdenes mayores estando bajo una presión".

"Bueno, nada haremos sentados aquí - me dijo Dohr. Vamos a buscar una opinión autorizada. ¿Quién puede dárnosla?".

"El Padre Joseph P. Dónovan, en St. Louis, seguramente le dije- . Es uno de los más destacados canónigos en este país.

Un canónigo es un sacerdote versado en los cánones de la Iglesia; una especie de abogado eclesiástico. Cuando Dohr y yo fuimos a ver al Padre Dónovan, le conté la historia de las dudas y temores que sentí cuando se me confirmó el diaconato.

"En realidad, hay dos cosas que me preocupan" - le dije al Padre Donovan "¿Si esas presiones invalidaran mi diaconización y, si es así, invalidarán también mi sacerdocio?".

"¿Estuvo bajo presión y sintió ansiedad antes de su ordenamiento al sacerdocio, o solamente antes de la diaconización?" - me preguntó el padre Donovan-.

"Sólo antes de la diaconización".

"No tiene porque preocuparse, Padre", -dijo sonriente-. "Aunque la diaconización no hubiera sido válida, el ordenamiento al sacerdocio sí lo fue, Esta es la Ley de la Iglesia. Está usted perfectamente bien".

Puede ser que nunca llegue a estar seguro de que quería ser sacerdote, pero ahora puedo estar seguro de que Dios quiso que lo fuera.

Fijé mi residencia en el Convento Good Shepherd de Indianápolis el año de 1950.

Nunca soñaron las hermanitas lo que traerían los años venideros. Hoy hay en el convento la actividad de una colmena, escribir a máquina, imprimir, archivar y contestar llamadas telefónicas, son parte de la rutina diaria de las Monas

Magdalenas. Desempeñan su trabajo en una oficina grande y en la sala de la imprenta.

Mi habitación me sirve como oficina privada durante el día y como alcoba por la noche. Dos líneas de teléfonos privados llegan hasta mi cuarto. Y ambas pueden conectarse a las oficinas de las monjas. Llegan llamadas de todas partes del mundo y a cualquier hora del día o de la noche, de alcohólicos y de amigos. Algunos de los que llaman están sobrios, algunos están tratando de estarlo y otros no lo están.

Hace unos cuantos años, una dama que no estaba exactamente sobria me llamó desde París. Quería hablar (a doce dólares los tres minutos.). Tardó tres cuartos de hora en decir lo que tenía en su mente.

Cuando estoy fuera de Indianápolis, una monja, mi secretaria, contesta el teléfono.

Está adquiriendo una educación posgraduada y su vocabulario ha aumentado en muchas palabras, buenas unas y otras no mucho. Por las noches conecta el aparato que contesta automáticamente el teléfono. Diariamente se recibe un promedio de cincuenta cartas. Cada año es

más grande el tiempo que hay que trabajar en la oficina y gradualmente he tenido que disminuir mis giras. Hay algunas invitaciones de grupos que no puedo aceptar por falta de tiempo. Pienso continuar mis retiros mientras tenga la capacidad física para hacerlo. Sin embargo, también quiero dedicarme más tiempo a atender a los míos en Indianápolis y sus alrededores.

Doherty Sheerin murió en 1953. Pienso en él muy a menudo y he dicho por él muchas misas. Rara vez doy una conferencia en la que no mencione la deuda que tengo con él.

He viajado cerca de 750, 00 millas en diez años de trabajar con alcohólicos. He hablado ante cerca de 200,000 alcohólicos en retiros, reuniones y conversaciones y he discutido personalmente acerca de sus problemas con 10,000 alcohólicos.

Muchos me preguntan si Alcohólicos Anónimos es la única vía de recuperación abierta a los enfermos alcohólicos.

Esto es lo que mi experiencia me ha enseñado: La interpretación que un grupo apto hace de los DOCE PASOS es, hoy en día, la mejor manera de proporcionar sobriedad al alcohólico. Sin embargo, la estructura actual de A.A. es muy imperfecta. Tiende mucho a la organización y esto, al tratar con entidades espirituales, podría resultar desastroso. Para mí, la seguridad más grande que tiene A.A. está en la conservación de su autonomía hasta en el último de sus miembros.

La autoridad en A. A. sería fatal.

Muchas personas me han preguntado cómo pueden darse cuenta si se volverán alcohólicas. Esta pregunta no está fácil de contestar, porque hay muchos factores de por medio. La persona que hoy bebe por placer, puede mañana volver a hacerlo. La persona que despierta de una cruda y no quiere ni ver el alcohol, puede dentro de pocos años despertar ansiando desesperadamente una copa. Pero también, la persona que hoy bebe por placer puede seguir bebiendo por placer el resto de su vida; puede que despierte con una cruda diariamente y sin embargo, nunca será alcohólica, porque puede dejar de beber cuando lo desee y puede moderarse si así lo decide.

Mi experiencia en el trato con alcohólicos, en circunstancias tanto pasajeras como íntimas, es que el único factor indiscutible es el elemento de incremento. Si una persona que ha estado bebiendo cada vez más y con mayor frecuencia, probablemente está encaminándose al

alcoholismo. Por otro lado, si una persona se ha estado embriagando tres veces a la semana hace diez, cinco o tres años y todavía se embriaga tres veces a la semana, lo más probable es que no es ni será alcohólico nunca.

El que es alcohólico no puede disciplinarse a beber moderadamente. Por eso es que en A.A. evitamos la primera copa. Cuando lo logramos, nos conservamos sobrios.

¿Por qué bebía yo? En realidad no lo sé. Creo que ningún alcohólico sabe porqué bebe o bebía.

¿Volveré a tomar alguna vez? Tampoco lo sé con certeza. Sólo Dios conoce el futuro. Creo no volver a beber y, por ahora, no tengo ningún deseo de hacerlo.

Hay un dicho en algunos grupos de AA.: "A.A. produce una expulsión de una compulsión, por un Poder Superior, por Dios Todopoderoso".

Sólo estoy seguro de una cosa: Todo lo que soy y todo lo que he logrado viene de Dios. Yo no hice nada. Dios lo hizo todo. Así también mi futuro está en sus manos.